

76

LA NOVELA FEMENINA  
CINEMATOGRÁFICA

A. VIEUETTE



EL ERROR DE UNA MADRE

POR

N.º 29 DOROTHY DALTON 30 cts.

*La Novela Femenina  
Cinematográfica*

*Publicación semanal de asuntos de películas.*

*Redacción y Administración:  
Diputación, 292. - Barcelona*

*Año I*

*Núm. 29*

*EL ERROR DE  
UNA MADRE*

*SENTIMENTAL PRODUCCIÓN,*

*INTERPRETADA POR LA BELLA ARTISTA*

*DOROTHY DALTON*

*Paramount Pictures Corporation*

*EXCLUSIVA DE*

*SELECCINE, S. A.*

## El error de una madre

### ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En Nueva Orleans, que ha conservado en algunos de sus barrios la fisonomía y el ambiente de la vieja Francia, vivía el Profesor Vanni, maestro de baile, con su hijita Alicia, a cuya felicidad estaba consagrada su vida.

Un día, algunas alumnas de la academia, chiquillas como Alicia, hablaron con ésta acerca de las madres, y le preguntaron por qué ellas no la habían visto nunca.

—No lo sé—contestó Alicia—. Pero mi madre vive. Papá me lo dice a cada momento.

—Pues si vive y no viene a verte... eso es muy extraño. ¿Sabes lo que te digo?—prosiguió la más entrometida de las chiquillas—. No creo que tú tengas mamá.

Después de la clase de baile, Alicia se reunió con su padre, triste, muy triste, y le refirió lo que le habían dicho las niñas.

—Papá, las niñas me dicen que no es verdad que tenga yo mamá... ¿Por qué no viene a verme nunca?

El profesor, reconcentrándose en sí mismo, sentó sobre sus piernas a su hija, y se dispuso a hablarle de su madre.

—Tu mamá era la *prima-donna* y yo el primer bailarín de una compañía de ópera que viajaba de ciudad en ciudad. Dios la había dotado de una voz brillante y, juntos, trabajábamos y soñábamos con un porvenir de gloria. Pero yo enfermé y estuve en cama largas semanas, durante las cuales sufrí mucho ante su indiferencia.

En efecto, la vida de Marietta, la esposa de Vanni, estaba reconcentrada en una sola persona: ella misma, y más que su arte, le interesaban los negocios de cualquier clase que éstos fueran. El asunto era ganar dinero sin reparar en los medios.

Aburrida por la enfermedad de su marido, y tentada por un buen contrato, se decidió a abandonarlo todo en aras de su egoísmo.

—Mañana partimos, señora, y no podemos irnos sin usted—fué a decirle a Marietta, en su propia casa, el empresario.

—¿No ve usted que mi marido está aún enfermo? Así no me lo puedo llevar.

—Sí, ya sé que está enfermo, pero algún

día se aliviará... y el porvenir de usted es lo primero.

—Mi porvenir me reclama; es cierto. Yo no puedo sujetarme a una vida oscura. Iré con ustedes. Palabra.

Y la actriz renunció a las caricias de la tierna Alicia, y a la adoración de su pobre esposo.

—Ya sabes, pues, hijita—terminó diciendo el profesor—, que por la gloria, Marietta, tu bella mamá, anda por el mundo con sed de triunfo... mientras yo espero.

—¡Qué gusto, papá! Estoy segura de que mamá es buenísima—palmoteó Alicia.

Vanni le apresó el hermoso rostro entre sus manos, miróla con dulzura inefable, y la besó mil veces.

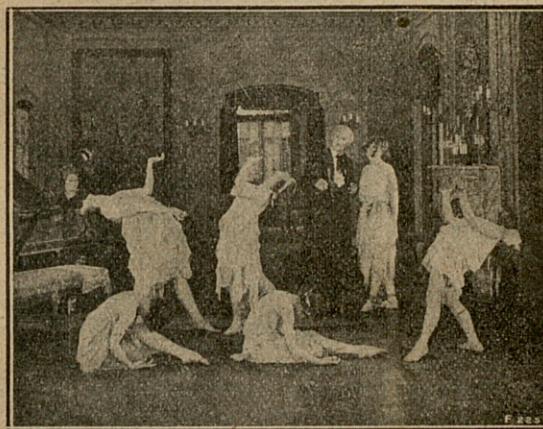
Los años rodaron y la madre no volvió nunca. Y el profesor, envejecido y cansado por el trabajo y la melancolía, se apoyaba cada vez más en su hija, hecha mujer.

Las lecciones no escaseaban, gracias a la habilidad que tenía Alicia en darlas, escuchando siempre con sumisión los consejos del profesor, y todas las alumnas de su edad estaban encantadas de las virtudes que la adornaban.

Una vez, en vísperas del Carnaval, Alicia, al terminar la lección de aquel día, recordó a sus amigas las alumnas que, conforme se lo

prometiera, saldrían con ella en la fiesta de Momo.

—Debéis disfrazaros, ¿eh?—les dijo—. Yo lo haré de Reina de la Noche, y el traje es precioso.



*Las lecciones no escaseaban, gracias a la habilidad que tenía Alicia en darlas...*

Entretanto, Vanni, en su gabinete-despacho, leía un fragmento de la carta que había recibido de su mujer.

*...y es una lástima—decía la inconstante—que una muchacha tan guapa como Alicia esté*

*encerrada ahí, cuando podría ser famosa aquí.  
Haz que venga a visitarme. Después de todo,  
soy su madre...*

Y Vanni, que sabía que no era amor maternal sino egoísmo y el deseo de explotar el talento de su hija, lo que guiaaba a Marietta a escribirle así, trazó con sumo dolor en un papel, estas líneas:

*Nos abandonaste a tu hija y a mí, por egoísmo, y ahora te interesa Alicia sólo porque quieres explotarla. De modo que no la dejaré ir...*

No pudo terminar. La mano se resistió a sostener la pluma y el cerebro a seguir dictando.

Y cuando Alicia se reunió con él, así que sus alumnas se hubieron marchado, el débil profesor le habló de la siguiente manera:

—Alicia, eres ya una mujer... Soy viejo y me siento débil. A veces, me preocupa mucho pensar qué será de ti cuando yo muera.

—¿Por qué te empeñas en sufrir, papá? ¿Quién piensa en cosas tristes en vísperas del Carnaval?

—Es necesario que hablemos un poco, hija mía, porque siempre ignoramos lo que nos reserva el mañana. Si yo te faltara, supongo que irías al lado de tu madre. Y por si el caso llega, te advierto que yo he tratado siem-

pre de evitarlo. Si la necesidad te obligara a dedicarte al teatro, donde sin duda alcanzarías grandes éxitos, te pido, hija mía, que estés siempre en guardia contra todo lo que te rodee en aquel ambiente.

—Bueno, papá... No me gusta esta conversación... Ven. Te voy a enseñar mi vestido de máscara.

Al día siguiente, las alumnas de Alicia fueron a recogerla a su casa para acudir a la fiesta, y al presentar a la gentil profesora ataviada con el disfraz de Reina de la Noche, aquéllas, a una, ponderaron su buen gusto.

El profesor, encantado también, y lleno de satisfacción íntima ante la belleza de su hija, la felicitó, y le dijo, emocionado:

—Ven a verme después de la fiesta y enséñame tu corona de laurel, porque estoy seguro de que tú ganarás el premio.

—No olvidaré el encarguito, papá.

Y las jóvenes, llenas de vida, partieron de la casa con ansias de divertirse mucho.

La fiesta resultó brillantísima.

Había en ella desde el más modesto hasta el más original vestido, y desde la más insignificante mujer hasta la más atrayente.

Alicia fué asediada toda la noche por una legión de admiradores, a todos los cuales dió calabazas.

Unas horas más tarde, al regresar a su casa, Alicia, palpitándole el corazón de alegría, entró en el gabinete despacho de su padre, y le



*...y al presentarse la gentil profesora ataviada con el disfraz de Reina de la Noche...*

pareció que estaba durmiendo. Se acercó al anciano, y tocándole de pronto en un hombro, exclamó:

—¡Gané la corona de laurel, papá!

Vanni no hizo el menor movimiento... y aterrada, Alicia comprobó que su padre, su buen padre, a fuerza de sufrir en silencio, había dejado de existir.

\*\*

Marietta, que vivía en Nueva York, recibió inesperadamente este telegrama:

*Papá murió hoy. Me dispongo a ir a tu lado. Dime si me quieres. Alicia.*

La noticia de la muerte de Vanni no causó la menor alteración de ánimo a la infiel, quien requirió la presencia en su casa de Luis Fitch, un chantagista, amigo y consejero de ella, para hablar con él de Alicia.

—¿Dejó dinero tu marido?—preguntó Fitch a Marietta, después de leer el telegrama.

—No sé, pero si Alicia es tan guapa como me hablaron, y sabe bailar, no hay que apurarse.

—En tal caso, que venga.

Y Alicia recibió un telegrama de su madre por el que la autorizaba a ir a vivir en su compañía.

Y así entró la hermosa joven en una nueva vida: tan indiferente y fría, como cálida y amorosa había sido la anterior al lado de su padre.

Marietta condujo a su hija a la habitación que le había reservado en la casa, y mientras Alicia se arreglaba un poco, aquélla se entrevistó con Fitch.

—Vanni no dejó nada. Así me lo acaba de decir mi hija. De modo que mientras más pronto la pongamos a prueba, mejor. Es hermosísima, y si tiene el talento que su padre encomiaba tanto, el asunto será de lo más sencillo.

—Ve a prepararla, mientras encuentro la manera de sacar partido en seguida de ella.

Marietta volvió al lado de su hija, encontrándola contemplando el disfraz de Reina de la Noche con el que tanto había gustado a su padre.

—¿Qué vestido es este?—preguntó Marietta.

—Es el que llevé a la fiesta carnavalesca el día que papá murió.

—Hay que olvidar el pasado. El porvenir es lo que nos interesa. Ya no estoy yo en edad de ver a los empresarios disputarse la firma de mi contrato, pero me parece que pronto los veremos riñendo por obtener la tuya.

—Papá afirmó que, si alguna vez tenía yo

necesidad de presentarme en las tablas, alcanzaría gran éxito.

—Pues sí... es necesario... Ven... Habla con el señor Fitch, mi amigo y administrador, que se encargará también de administrar tus inte-



*—Hay que olvidar el pasado. El porvenir es lo que nos interesa.*

reses y de busearte empresario, y pronto verás tu nombre en letras luminosas en Broadway.

Fitch trató en seguida del asunto con las mujeres.

—La temporada—dijo—está demasiado ade-

lantada para visitar a los empresarios teatrales, pero podemos dirigirnos a algunos Clubs particulares y obtener así exhibiciones privadas. Y ya en Otoño, los empresarios vendrán por sí solos.

—No querría yo hacer eso... ¿No es mejor que siga con mis lecciones, como hasta aquí?

—Querer ganarse la vida aquí, dando lecciones de baile, sin que nadie te conozca, es una tontería. Eso no produce. El señor Fitch sabe lo que te conviene.

Alicia no se atrevió a insistir en oponerse a los propósitos de su madre, y Fitch dió pasos para llevarlos adelante.

Las predicciones del hombre de negocios dudosos se realizaron, porque en el Otoño Alicia fué contratada para una zarzuela nueva, que se estrenaría en Jersey, el día del gran partido de Foot-ball Rugby entre la Universidad de Harvard y la de Yale.

—Los estudiantes han tomado un paleo. Habrá un lleno—comunicó Fitch a Marietta y a Alicia.

Esta, aficionada al deporte favorito de aquellos estudiantes, no resistió al deseo de ir a presenciar el partido, acompañándola sus “protectores”.

La gran final del campeonato universitario

reunió en el grandioso campo a millares de espectadores de ambos bandos.

Tom Maxwell, capitán del equipo de Yale, era un prestigio dentro de ese deporte, y sólo su presencia en el equipo infundía temor a los contrarios.

El partido fué reñidísimo, y estuvo equilibrado hasta que Maxwell, el simpático muchacho ídolo de los públicos, se apoderó de la pelota y, volando, después de escapar a los jugadores enemigos, llegó a la meta.

La jugada individual, única, fué premiada con calurosos aplausos y vítores.

Alicia no se quedó corta en manifestar su entusiasmo.

Por la noche, el estreno de la zarzuela constituyó un acontecimiento. Llenóse el teatro de bote en bote, y el éxito obtenido por Alicia fué resonante.

Tan era sí que, después de la representación, su camarín se llenó de flores, una de cuyas canastillas le era ofrecida por el equipo de Yale, en correspondencia al honor que ella le dispensó aplaudiéndole en el campo de juego.

Otra canastilla mereció la especial atención de Marietta. Era nada menos Luis de Peyster, el millonario, quien se la mandaba a Alicia, con una tarjeta de visita invitándola a cenar

con él, felicitándola al propio tiempo por su éxito de debutante.

—¡Ya puedes estar contenta, hija mía! El señor de Peyster es un ferviente admirador de tu belleza y talento. Irás a cenar con él,



*Tan era así que, después de la representación, su camarín se llenó de flores.*

no es verdad?

—¡No quiero, mamá! Prefiero hacerlo con vosotros.

—Pues es preciso... Ese hombre tiene un dineral... y nos puede ayudar mucho.

Fueron pasando los días, y los éxitos de Alicia se sucedieron, pero ella estaba cada día más a disgusto en aquel ambiente de bambalinas y fingimientos.

Marietta, aprovechando una pausa en el trabajo de su hija, decidió ir a pasar con ella y Fitch el invierno a Montecarlo, donde esperaba encontrar amplio campo para sus combinaciones financieras.

Casualmente, Tom Maxwell, terminados sus estudios, también había ido a Europa, a ver un poco del mundo, antes de ponerse a trabajar para ganarse la vida. Tanto le habían ponderado algunos amigos las bellezas de la Costa Azul, que Montecarlo fué el primer punto que visitó.

En la capital del célebre principado, encontró Tom a un conocido suyo, un tal James Cort, que formaba parte integrante del paisaje de Montecarlo, como el mismo Casino, porque allí se pasaba él la vida.

Hablando, hablando, Tom se enteró de la clase de gente que frecuentaba el casino, y no pudo por menos de decir a su interlocutor:

—Parece increíble que todos sean aventureros aquí, como usted me acaba de afirmar.

—No se fíe usted de las apariencias, reza el refrán, y no miente.

—Ahí tiene, por ejemplo, a esa señora y a

su hija.. Parecen americanas... ¡No me venga a decir ahora que también son aventureras...! —prosiguió Tom, señalando a Marietta y a Alicia, a quien no recordó haber visto en ninguna parte, a pesar de que se fijó en ella en el teatro el día del estreno de la zarzuela.

—Han estado aquí desde que comenzó la temporada... Si la madre estuviera sola, tendría yo mucho que decir, pero, como viene con su hija, me desoriento un poco.

En aquel momento, el signor Casteli, un italiano más músico que los colosos clásicos, por las muchas liras que contaba a su haber, el pez que Marietta quería cazar en la red, saludaba efusivamente a Alicia, de la que estaba perdidamente enamorado.

Tom Maxwell y James Cort siguieron platicando acerca de las dos mujeres, y el segundo, en vista del interés del primero por Alicia, que le gustaba extraordinariamente, le dijo, además:

—Con ellas viene un tipo... mala persona... que creo que es tío de la joven. Sin duda, tienen una intriga entre manos, pero no sé qué pueda ser...

Charles Robertson, otro inveterado cliente de Montecarlo, amigo de gastar bromas al lúcido del alba, y que se la tenía jurada a Marietta, se unió a Tom y a James, enterándose

también de lo agradable que le era al ex estudiante la preciosa Alicia.

Como ésta y su madre estaban cerca de los tres, Robertson se adelantó a Marietta, con James Cort, las saludaron e hicieron la presentación de Tom Maxwell, al que Alicia reconoció inmediatamente como el mejor jugador de aquel día del campeonato.

Robertson y Cort entretuvieron a Marietta mientras Alicia y Maxwell hablaban aparte.

—Lo vi lucirse en el partido entre el Yale y el Harvard, el año pasado... ¡Fué espléndido!—le dijo Alicia al ex jugador de rugby.

Marietta oyó eso, y preguntó datos a Robertson y Cort acerca de Maxwell.

—Ese joven era el capitán del equipo de Yale el año pasado.

—No me fijé en él lo bastante para reconocerle por la calle. Pero ese nombre me suena mucho.

—Naturalmente. Usted debe conocer a los Maxwell... Maxwell de Crossing... Es una de las familias más antiguas y ricas de Nueva York.

Encantada de la cuna de Tom, Marietta se arregló de manera que cenara con ellas, para pescarlo.

Cuando quedaron solos los tres conocidos, Maxwell dijo a los demás:

—Puede que ustedes tengan razón respecto a los planes de la madre, pero la muchacha es encantadora y no la creo capaz de secundarlos. Eso salta a la vista.

—No tome usted las cosas en serio, Maxwell. Usted no tiene fortuna y esa muchacha está siendo ofrecida al mejor postor, aunque ella misma lo ignore... que está por ver.

Pero Maxwell no se engañaba. Alicia lo ignoraba todo. Creía que aquel viaje era de descanso y como fruto a sus esfuerzos artísticos, y su madre tuvo buen cuidado de no desilusionarla.

\*\*\*

—Anoche volví a perder en el juego y, a menos que pesquemos algo muy pronto, Alicia se enterará... ¡Sería yo capaz de estrangular a Casteli por habernos hecho creer que era soltero! — decía Marietta, indignada, a Fitch.

—Esta tarde debe venir a visitar a Alicia— respondió Fitch, previa reflexión—... y si se atreve a hacerle la corte... le costará muy caro, ¡muy caro!

Marietta llamó a su hija, y, a solas, le hizo esta recomendación:

—Debes ser amable con el signor Casteli cuando venga a verte... Es muy rico y un gran partido matrimonial...

—¿De modo que me aconsejas que me case con ese hombre? ¡Nunca lo haré, madre! ¿Por qué he de ser amable con personas que me son antipáticas? Prefiero volver a las tablas a pesar de que las detesto. Con serlo mucho, aquello es menos fingido que esto.

—Si tuvieras sentido común, podrías casarte brillantemente y no tendríamos que vivir con apreturas... Pero si te pones sentimental, es preferible volver a Nueva York. El dinero no durará toda la vida... y si dejamos el teatro, fué precisamente porque te disgustaba... Yo no hago sino ocuparme de tu porvenir.

Casteli se hizo anunciar en aquel momento, y como Alicia ignoraba su condición de casado, toleró recibirlo, pero sus palabras de amor la indignaban.

En tanto, Maxwell preguntaba a sus amigos por Alicia, y Robertson susurró a Cort:

—La señora de Vanni mordió el anzuelo de que Maxwell es rico, quiere atraparlo... ¡Ahora es cuando me voy a divertir!

—Pues le aconsejo que tenga cuidado. Esa mujer no tiene aire de aguantar bromitas.

Alicia, enamorada de Maxwell, paseó con él, por el casino, y después de hablar de cosas sin importancia, se ocuparon de ellos mismos.



—Quizá... si hubiera allí alguien a quien importase, siquiera un poco, mi vuelta.

—Ahora que ha satisfecho usted la curiosidad de ver estas cosas de la vieja Europa, ¿no tiene usted grandes deseos de volver a los Estados Unidos—le preguntó Alicia a Maxwell.

—Quizá... si hubiera allí alguien a quien importase, siquiera un poco, mi vuelta.

Entretanto, mientras Marietta se felicitaba por la marcha de la amistad amorosa de su hija y Maxwell, Fitch fué al encuentro de Casteli, con quien se aisló completamente para que nadie los sorprendiera.

—Usted ha dicho a la señorita Vanni que la amaba, ¿verdad

—No lo niego... se lo he dicho... porque realmente lo sentía.

—Me parece que Alicia se indignará cuando sepa que es usted casado... y su mujer de usted se pondrá, sin duda, furiosa.

—¿Qué quiere usted decir, Fitch?

—Cree usted que el dictáfono que reprodujo la declaración amorosa de usted, valga... cincuenta mil francos... a ojos de su señora... o a los de usted mismo? Hable con franqueza.

—De modo que esto es un vil *chantage*, eh?

—Esto no es más que corresponder al engaño que en principio quiso usted emplear con nosotros.

—Muy cara me ha costado la lección, Fitch, y le aconsejo que se largue de aquí cuanto antes!

—No se preocupe, Casteli. Usted pague... y ya veremos lo que hacemos luego.

Robertson regresaba de nuevo al lado de su amigo Cort, para decirle lo que acababa de hacer.

—Acabo de mandar a la señora de Vanni un recadito diciéndole la verdad respecto a Maxwell... Lo he hecho por afecto a él y para darle un disgustazo a ella.

En efecto, cuando Fitch volvió a la habitación de Marietta, encontró a ésta furibunda.

—¿Qué sucede?

—Lee este papel anónimo. ¡Maxwell es un pobretón! Se ha burlado de nosotros. ¡Pero yo haré que ajuste las cuentas!

—No hay por qué apurarse, Marietta. Mañana tendremos los cincuenta mil de Casteli.

—De veras, Fitch? ¡Eres un héroe!

Por su lado, Alicia y Maxwell, ajenos a todo lo que ocurría a su alrededor, seguían hablando de sí mismos.

—Muy pronto regresaré a América, y no se imagina usted qué triste me marcharé...—dijo Maxwell.

—¿Por qué no se queda usted más aquí? Un millonario puede hacerlo, si le place.

—Yo no soy millonario. ¿Quién le ha dicho semejante cosa?

—El señor Robertson se lo dijo a mamá.

—Pues es completamente falso. Hice este viaje de recreo con mis economías de seis

años... y ahora voy a emplearme como ingeniero, con trescientos dólares de sueldo al mes.

—¿De veras?

—Pero la adoro a usted, Alicia, y estoy dispuesto a trabajar toda mi vida, a su lado, para hacerla dichosa.

Alicia comprendió irremediablemente que un misterio rodeaba la farsa de Robertson presentando a Maxwell como millonario, y recordando las atenciones que su madre dispensó al joven durante la cena dada en su honor, y el interés en que hiciera caso a Casteli, le dieron a entender que la conducta de su madre no era normal a juicio de los demás...

Turbada, Alicia se limitó a contestar a Maxwell, de cuyo amor estaba bien segura:

—¿Cómo quiere casarse conmigo, si ignora mi vida?

—Sé que es usted la mujer más buena para mí, y eso me basta.

En tan crítico instante, Casteli, viendo a la pareja, se acercó a ella, y le dijo a Alicia con sorna:

—La felicito, señorita. Su jugarreta dió buen resultado. Mi charla me costó cincuenta mil francos... Ojalá a usted le salga más barata, señor Maxwell. ¡Y felicito también a la señorita, porque es excelente actriz!

Maxwell quedó atónito, y Alicia, sin darle

tiempo a su amado de preguntarle nada, se dirigió apresuradamente a la habitación de su madre, y obligó a ésta a decirle la verdad de lo ocurrido con Casteli.

—¿Qué quiso decir el signor Casteli al aludir a una charla de cincuenta mil francos?

—Nada, hija mía... El señor Fitch tenía algunos negocios con Casteli.

—Mira, madre, estoy sospechando la verdad, pero quiero que tú me la digas. Si te niegas a ello, soy capaz...

—Tenía absoluta necesidad de dinero, hija mía... He estado perdiendo al juego... sin cesar... y te lo iba a decir todo.

—¡Ah! ¿conque es cierto?

—Casteli nos engañó... Resultó ser casado... Y le obligamos a pagar amenazándole con publicar su declaración amorosa, que quedó grabada en un dictáfono instalado en la habitación.

—¡Qué ciega he sido! Me has estado explotando desde que papá murió... ¡Con razón no quería él que viviera yo a tu lado!

Profundamente dolorida, Alicia se retiró a su cuarto, para meditar sobre el partido que debía tomar desde aquel momento, y apenas lo hizo, su madre mandó llamar a Maxwell, dispuesta a separarlo para siempre de su hija,

a la que confiaba aún convencer para que se quedase con ella... y la ayudase a vivir.

Maxwell acudió al llamamiento de Marietta, y ésta con la intención de desacreditar a Alicia desacreditándose a sí misma, le dijo:



*Profundamente dolorida, Alicia se retiró a su cuarto.*

—Se trata de un asunto muy delicado, señor Maxwell. No he recibido el dinero de mi renta este mes... por un retraso postal... y pensé que quizás usted querría...

—¿Cuánto necesita, señora?

Alicia tuvo la feliz idea de volver a la habitación de su madre, y desde la puerta de la misma lo oyó todo con inmenso dolor, y como no estaba dispuesta a secundar a aquél la en sus denigrantes operaciones, se presentó ante



*...y desde la puerta de la misma lo oyó todo.*

Maxwell para defenderse a sí misma.

—Mi madre se equivoca. No necesitamos ningún favor de usted.

—Alicia, yo estoy dispuesto...

—No siga, Maxwell... Todo lo que dijo Castelli es verdad. Pero yo lo ignoraba en abso-

luto... Le ruego que me crea... y que se vaya.

—La creo y me iré... pero me iré con usted, Alicia.

—¿Qué le autoriza a hablar de ese modo, señor Maxwell?—intervino la madre.



*...cobrando buenas sumas por satisfacer la curiosidad de algunos millonarios, que no se resignaban a no verle el rostro.*

—He pedido a su hija que me haga el honor de casarse conmigo.

—¿Y cómo espera usted sostenerla, si se puede saber?

—No será como hasta aquí ha estado acostumbrada, sin duda... pero, al menos, vivirá mejor... y en una atmósfera más pura y de verdadero cariño...

—Eso suena muy bonito... pero tal vez no



*—Alicia, no temas, porque te adoro.*

se interese usted tanto por su porvenir, cuando sepa algo de su pasado.

—¿Su pasado? Eso no me importa.

—Es mejor que me escuche. ¿Nunca oyó usted hablar de Mimosa, la notable bailarina?

Sí, ¿verdad? Conquistó fama en buenos escenarios, pero antes de escalar el pináculo de la misma, bailó en varios clubs y reuniones privadas, cobrando buenas sumas por satisfacer la curiosidad de algunos millonarios, que no



*—Mamá, esta es nuestra oportunidad para comenzar de nuevo... a vivir decentemente... con la frente en alto... Ven con nosotros...*

se resignaban a no verle el rostro, que llevaba cubierto con un antifaz.

—¡Basta, madre! Muchas cosas has dicho al señor Maxwell respecto de mí, pero hay una que has callado.

—¡Ah! ¿Que eres buena? Pero eso es porque eres demasiado indiferente para ser mala.

—Alicia, no temas, porque te adoro—dijo Maxwell protegiéndola en sus brazos—, y serás mi esposa.

—Sí, Tom con tu amor seré feliz.

—Soy tu madre y he hecho toda clase de sacrificios por ti—osó decir Marietta—, pero, si te vas, no volverás a verme nunca.

Alicia, en un arranque de bondad de su corazón, tendió sus brazos a su madre, diciéndole:

—Mamá, esta es nuestra oportunidad para comenzar de nuevo... a vivir decentemente... con la frente en alto... Ven con nosotros...

Mas la mujer que siempre fué mala, no se sintió con bastantes fuerzas para redimirse, y prefirió renunciar al tesoro que le ofrecía su hija, que con tremendo pesar hubo de resignarse a perderla, hallando sólo consuelo en los amantes brazos de Maxwell.

FIN

Con esta novela exija V. la postal-obsequio de  
MAE MURRAY

Imprenta de la Novela Femenina Cinematográfica. — Barcelona

PRÓXIMO NÚMERO

LA PRECIOSA NOVELA

*MAS FUERTE  
QUE EL ODIO,  
EL AMOR*

PROTAGONISTA:

ELLEN KURTI

GRANDIOSO ASUNTO

GRAN EXITO

10 fotografias — 32 páginas

POSTAL-OBSEQUIO:

Ramón Novarro

LA NOVELA FEMENINA  
CINEMATOGRÁFICA

Sale todos los viernes. Precio 30 cts.

AYER APARECIÓ EL NÚM. 5

de la original publicación de

## Biografías de Artistas de la Pantalla

### LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRÁFICA

---

Contiene la biografía de la bellísima  
artista

GLORIA SWANSON

---

Profusión de datos y fotografías

---

Regalo de una hermosa postal

Precio popular: 35 céntimos.

---

*Revisado por la censura gubernativa.*

*Prohibida la reproducción.*

